

## Oda a la Libertad

Hay evidencia de que Schiller originalmente utilizó la palabra “libertad” (Freiheit) en vez de “alegría” (Freude) en el poema que se convertiría en el texto del último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven. Esta misma evidencia indica que la inspiración para el poema fue la Declaración de Independencia de Estados Unidos. “Libertad” fue cambiada a “alegría” porque la censura Prusiana se sentía amenazada por la retórica revolucionaria francesa. Puede que sea cierto, lo que justificaría el uso de “libertad” en concierto. Pero esto sería sólo una justificación y no una razón para este cambio. La verdad es que consideramos que la obra gana cuando ponemos su foco en “libertad” en vez de “alegría”.

La primera diferencia que observamos entre las dos palabras es que “alegría” es una emoción mientras que “libertad” es un concepto ético, parte importante del sistema de valores de nuestra civilización. Nuestro énfasis en “libertad”, y su producto “creación”, son quizás los valores más importantes que tenemos. Es importante destacar que entendemos la libertad más como la capacidad de pensar sin las limitaciones de dogmas y excesiva subjetividad que como libertad política, aunque sea ésta tan deseable. Es posible ser libre de pensamiento aunque se viva sin libertad política, tales fueron los casos de Schiller y Beethoven. Asimismo, uno conoce muchas personas que tienen libertad política pero no son capaces de pensar libremente.

En contraste, la alegría es simplemente un estado emocional transitorio. La evidencia indica que el poema fue inspirado por la frase “pursuit of happiness” (búsqueda de la felicidad) que aparece como un derecho en la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Pero aquí también hay una importante diferencia: la búsqueda de la felicidad es una acción, mientras que la alegría es un estado pasivo. El valor de la libertad está en la posibilidad de desarrollo. “Alegría” puede ser, o no, un resultado de este desarrollo, en todo caso difícil de mantener en el tiempo. La libertad de pensamiento y la búsqueda de la felicidad son actitudes permanentes en la vida. Además, “alegría” ha adquirido una connotación muy superficial hoy en día, una “Oda a la Alegría” suena trivial. El hecho que se haya convertido en el himno de la Unión Europea sólo confirma esta trivialización. Pensamos que tanto Schiller como Beethoven tenían una concepción mucho más trascendental y revolucionaria de “alegría”.

Se puede argumentar que mucha de la música de Beethoven es un proceso de liberación. Los primeros tres movimientos de la Novena demuestran este camino, similar, a un nivel muy alto, al de un gran número de sus obras. En este sentido, una “Oda a la Libertad” en el último movimiento es consistente con el sentido general de la obra. Dadas las connotaciones de la palabra “alegría” en nuestros tiempos, poner el énfasis en libertad eleva el nivel del discurso. Existe un precedente para este cambio en el texto, en un concierto dirigido por Leonard Bernstein en 1989. Nuestra intención es que este cambio logre, por lo menos, inspirar que repensemos el significado de esta música.

Sabemos que el final de esta sinfonía fue un problema para Beethoven. Durante diez años no había podido componer un final que expresara el éxtasis que tantas veces logró hasta la Séptima Sinfonía. Al principio de este período problemático, parece que no entendía bien lo

que le pasaba y trataba de imponer el final con acordes “martillados” de manera poco convincente. La Octava Sinfonía y la Sonata “Hammerklavier” son ejemplos de esto. Más tarde, asumió actitudes más contemplativas y abstractas, como en la Sonata Opus 111, con resultados mucho más satisfactorios.

En la Novena Sinfonía, Beethoven seguramente sintió la necesidad de regresar a los final heroicos del pasado, especialmente tomando en cuenta que los tres primeros movimientos recordaban a las grandes sinfonías de su período heroico: la Tercera y la Quinta. Había una diferencia, sin embargo, y es que estos tres movimientos de la Novena retan la existencia misma del Universo, mientras que las sinfonías anteriores habían sido heroicas sin duda, pero a un nivel más humano. La naturaleza cósmica de esta sinfonía se percibe con mayor claridad en el primer movimiento. La lucha es contra fuerzas implacables e impersonales. No hay “victoria” posible contra estas fuerzas. En el mejor de los casos, sólo podemos hacernos lo suficientemente fuertes como para enfrentarlas con integridad. Esta fortaleza se manifiesta en la afirmación que concluye el movimiento.

El segundo movimiento es un scherzo excepcionalmente intenso, comparable solamente con el scherzo de la Novena Sinfonía de Bruckner. Lo implacable de sus ritmos endemoniados nos lleva a explorar el mismo territorio del primer movimiento, pero de un punto de vista completamente diferente. A la integridad conquistada en el movimiento anterior, ahora podemos sumarle fuerza visceral.

Habiendo desarrollado la fuerza para encarar un Universo al que le importamos poco, ahora debemos unirnos a él, hacernos uno con él. El tercer movimiento tiene la forma de “tema con variaciones”. Sorprendentemente, mientras contiene un tema en tempo de *adagio* que se desarrolla en variaciones, hay también un segundo tema, en tempo de *andante*. Es muy inusual para una pieza en forma de tema y variaciones tener un segundo tema. Pero Beethoven siempre tenía un objetivo cuando cambiaba las estructuras clásicas, así que este tema debe tener una función importante. Los dos temas comienzan muy diferenciados. El primero es en tiempo 4/4 y se mueve lentamente con largas notas., mientras el segundo es en tiempo 3/4 y más fluido. En cada variación del primero, parece que este “aprende” algo del segundo, adquiriendo cada vez más fluidez e incorporando movimiento en tresillos. Este proceso llega a un clímax con la combinación de los dos ritmos en tiempo de 12/8. La mayor fluidez nos permite fluir con el Universo y unirnos a él, así como los dos temas, de cierto modo, se han convertido en uno.

Beethoven luchó mucho para crear un puente hacia el final coral. El último movimiento comienza con un replanteamiento, sin precedentes, de los temas de los primeros tres tiempos, rechazándolos uno a uno. Confesamos que sentimos un gran contenido trágico en este proceso. El tema que acompañará el poema de Schiller comienza en la oscuridad, tocado por los bajos. No es hasta los gritos extáticos de “Freiheit” (normalmente “Freude”) que esta oscuridad realmente se disipa. Sin embargo, habrán más momentos inquietantes en el resto del movimiento. La música, a medida que llegamos al final, se hace tan intoxicante que no podemos resistirnos a ella. El cambio de “alegría” a “libertad” nos dirige más a una afirmación triunfante que a la usual alegre celebración.